

## CAPITULO XII.

Escena de amores.

Era Luz hermosa como una de esas bellas concepciones que brotan de la fecunda imaginacion de los poetas: una mujer de contornos divinos que realizaba las miríficas formas de esos angélicos séres que nos presenta deslumbrantes y aéreos la rica imaginacion en nuestros mas dulces y deliciosos ensueños.

Las candidas azucenas de los floridos valles del Anáhuac habian comunicado á su hechicero rostro la blancura de sus delicadas hojas; la flor del granado habia desleido sus purpúreas tintas en sus frescos y rientes la-

bios y en sus finísimas mejillas: el brillante oro de su patria vertió en su abundante y ondulado cabello, y en finísimas hebras, el precioso color que el rubicundo Apolo ostenta en su luciente cabellera; el limpio cielo de la esplendente América fué á colocar en sus serenos ojos el claro azul de su apacible bóveda, y las brisas primaverales de los verjeles del Nuevo-Mundo, llevaron á su boca virginal la celestial sonrisa de los ángeles. Su cuerpo esbelto y flexible como el de la ligera Diana en medio de los bosques, estaba envuelta en una flotante bata blanca de finísimo linon, oprimiendo su estrecha y delicada cintura un precioso cinturón azul de blanda seda, á quien las Gracias prestaron los hechizos y el irresistible poder que al misterioso cordon conque risueñas y apacibles engalanaron la sutil cintura de la hermosa Vénus: su pié breve y delicado como el de las graciosas Nereidas, estaba velado por un exquisito zapato blanco de raso, de primorosa hechura, y sus torneadas y pequeñas manos, blancas y suaves como las de la bella escanciadora de los dioses, la se-

ductora Hebe, númen de la juventud, sostenia un precioso libro, lujosamente empastado, que acababa de cerrar al ver asomarse en la puerta de la brillante sala en que se hallaba, á un jóven de elegante porte y de interesante figura, alto, bien formado, de rostro varonil, suavemente moreno, de ojos negros, de mirar dulce y expresivo, frente espaciosa; ceja negra y arqueada, bigote bien cortado, larga perilla y lustroso cabello negro con elegancia peinado.

—Buenos dias, encantadora Luz.

Dijo el que acababa de entrar, dirigiéndose á la jóven y tendiéndole la mano con fina galantería.

—Te estaba esperando con impaciencia, querido Rafael:—contestó Luz con suave tono, mas blando que el canto de las sirenas:—¿Por qué has tardado tanto?

—Porque el deseo de salvar á tu padre me roba muchas veces la felicidad de verte.

—Gracias, Rafael, gracias por los generosos esfuerzos que haces para que vuelva á nuestro lado.

—¿Y cómo no hacerlos cuando de su vuel-

ta depende mi felicidad, mi dicha suprema, la posesion de tu mano, que es el único bien que ambiciono sobre la tierra.

Y Rafael estrechó entre las suyas la delicada mano de su amada que le envió una de esas dulcísimas miradas, en que la mujer exprime bondadosa todo su cariño, toda su ternura, todos sus afectos, entero su amor....!

—¡Qué dichosa soy al escucharte! Cada una de tus palabras es un raudal de celestial esencia que inunda mi corazon de angélica ventura.

—Y sin embargo, ellas no son sino un defectuoso intérprete de los íntimos sentimientos de mi alma.

—¿De veras?

—Sí, Luz mia: porque para que mis conceptos pudiesen expresar fielmente mis afectos, seria preciso que fuesen sobre humanos, como lo es mi amor.

—Te creo, te creo, Rafael:—dijo la jóven tiernamente conmovida y dejando ver en su divina faz las señales del placer:—sí,

te creo, porque yo tambien veo que es muy pobre el idioma de los hombres para expresar con la fuerza, con la verdad, con la dulzura inefable que siento, esa mezcla agradable de amorosos afectos que embriaga el corazon con una superabundancia de felicidad que hace asomar á los ojos las balsámicas lágrimas que vierten los venturosos amantes, porque es estrecho el corazon para contener la ventura en que se inunda.

Y en los ojos de la hermosa Luz brillaron en aquel instante las mismas lágrimas que, temblando un momento en sus largas pestañas, como las gotas del limpio rocío en las hojas de la naciente flor, rodaron suavemente por sus sonrosadas mejillas.

Rafael vió en ellas la extrema bienaventuranza de los ángeles, y embriagado de delicias y de amor, la estrechó tiernamente la mano, que aproximó á sus ardientes lábios, la llevó luego á su palpitante corazon, y se quedó contemplando la bellísima faz de aquella encantadora mujer, sin poder pronunciar una palabra, sin que formularan sus lábios un acento, pero con ese elocuen-

te silencio en que el alma expresa en la mirada dulcísima que envia, toda su felicidad y todo su amor.

¡Preciosos instantes de la vida! únicos de gloria y de placer que encuentra el hombre en medio de las miserias del mundo! ¡sublimes destellos de las eternas venturas de la gloria; pero que desaparecen á penas se vislumbran y nos halagan, porque solo descienden un instante á la tierra para hacernos comprender las inefables dichas de los cielos.

—¡Angel mio. . . !—exclamó Rafael conmovido aun por el placer que habian vertido en su pecho las mágicas palabras de su amada:—tú has hecho descender al mundo todos los deleites de la gloria para embriagarme con ellos: tú, sí, alma mia; porque tú eres el númen de todos los bienes, tú mi corazon, tú mi pensamiento, mi delicia, mi amor, mi existencia, el cielo en que se recrea el alma, la luz en que se deleita mi vista, el mundo en que se encierran mis aspiraciones y mis deseos, el benéfico génio que acoge cariñoso mis tiernísimos suspiros.

—¡Rafael....! ¡querido Rafael....!  
 Exclamó la joven, y no pudo continuar: el exceso del placer habia debilitado sus fuerzas, y las palabras habian cedido su lugar á ese balsámico llanto que brota el corazon cuando se encuentra henchido de pasion.

Rafael, arrebatado de dicha por aquel rasgo de cariño que realizaba los hechizos de la mujer que amaba, la tomó una mano, y estrechándola apasionadamente entre las suyas, continuó.

—¡Oh....! ¡tus lágrimas son el lenguaje sublime de tu alma virginal y amorosa! Sí, Luz mia, créemelo: tú eres cuanto hay que ser para mí: tú eres el alma de mi alma; tu aliento el aire que me da vida; tú la tranquilidad de mi espíritu; el sér celestial que Dios formó para mí: con tu amor se engrandece mi alma, se eleva mi pensamiento, se ennoblecen mis ideas: tu acento me enaltece, tu cariño me eleva, tu preferencia me hace superior á mí mismo, porque amándome tú, mi corazon se identifica con el tuyo, que es el de un ángel.

—¡Oh....! ¡tu amor es mi felicidad!  
 Dijo Luz profundamente conmovida.

—¡El amor es la felicidad del mundo!—  
 exclamó Rafael con amoroso entusiasmo:—  
 Es el soplo vivificador con que el Eterno animó la naturaleza entera: su trono ocupa los inmensos espacios y los ámbitos del mundo: todo lo invade, todo lo anima, todo lo embellece: á su celestial contacto todo se regocija y se complace: los límpidos arroyos descenden murmurando por entre las pintadas flores, que amorosas abren su virginal corola, ostentando el esmaltado brillo de las temblantes gotas en sus flexibles y esmaltados pétalos: cruzan la region etérea las canoras avecillas cantando en armoniosos trinos su inocente amor: las inquietas mariposas vagan en tortuoso vuelo en los floridos valles en pos de su delicada pareja; y al mágico ardor de ese afecto sublime, germinan las plantas, cintilan las estrellas, el sol resplandece, y todo respira encanto y alegría.

—Sí, sí; es verdad:—exclamó Luz sintiéndose inspirada por el entusiasmo de su

ojos de ambos se encontraron: claváronse las miradas, exprimiendo el corazón en ellas toda la esencia de una pasión sin límites; y subyugados ambos por el dulce magnetismo del amor, permanecieron en profundo silencio, unidas sus manos, mirándose de hito en hito, y dejando ver en sus dormidos ojos las transparentes lágrimas, próximas á escaparse.

En esos deliciosos momentos, el alma bebe todas las dichas imaginables, el corazón se hincha con el exceso del placer, y no cabiendo en el pecho los deleites que le inundan, los hace salir en abundante y misterioso llanto.

—¿Y mi padre?—dijo Luz pasado aquel instante de amorosa embriaguez:—¿has conseguido algo con respecto á su libertad?

Willey iba á entrar, y se detuvo detras de la puerta al ver á los dos amantes, para escuchar, sin ser visto, lo que hablaban.

—Me habian prometido alzarle su destierro para ésta fecha; pero parece que un enemigo oculto, que no he podido averiguar

quién sea, ha presentado nuevas acusaciones, nulificando mis pasos.

La jóven quedó triste y abatida.

—Ese empeño en que mi padre permanezca en su destierro—contestó con doloroso acento—me hace temer nuevos obstáculos que retarden nuestra deseada union.

—No; yo trabajaré por descubrir quién es ese enemigo que se opone á nuestra felicidad, y entonces....

El doctor aplicó el oido para no perder ni una de las palabras de Luz, resuelto á vengarse en caso de que revelase la mas mínima cosa á su amante.

—No;—contestó la jóven afligida—yo te ruego que no indagues su nombre.

—¿Tú?

—Sí, Rafael: y te agradeceré mucho que me concedas esa gracia.

—No comprendo....

—Prométeme que no darás paso alguno para descubrir el nombre de la persona que se opone á la libertad de mi querido padre.

—Pero ¿por qué es ese empeño?

—Porque....—Willey aplicó el oido pa-

ra recoger todas las sílabas;—porque yo creo que ese enemigo no existe.... que los obstáculos nacen, sin duda, del mismo gobierno.

—No, Luz mia; estoy seguro de ello; no me cabe duda; no pueden engañarme mis amigos; existe ese malvado.

—Pues bien: ¿qué nos importa su nombre?....—exclamó sobresaltada con el recuerdo de las amenazas de Willey:—Mas vale ignorarlo para no tener á quien aborrecer individualmente. ¿No es mejor que pulsemos todos los medios para alcanzar un resultado favorable, que ocuparnos en averiguar el nombre del enemigo que nos ataca?

—Es que temo que esos obstáculos reconozcan, no el origen de una enemistad directa á tu buen padre, sino....

—¿Cuál?

—El amor.

—¿El amor!

Dijo Luz palideciendo, y temerosa de que Rafael sospechase lo que habia en realidad. El doctor prestó mayor atencion.

—Sí, el amor.

—No sé lo que quieres decir.

—Hermosa mia, ¿me prometes responderme con ingenuidad, sin ofenderte por la pregunta que voy á hacerte?

—¿Puedes dudar de mi sinceridad, ni yo de la buena intencion de tu pregunta?

—Pues bien, ángel mio: yo sé que tu alma virginal y pura ha permanecido, hasta escuchar mi voz, cerrada á las tiernas emociones del amor, como permanece la rosa dentro del boton á los halagos de la embalsamada brisa: yo creo en la sinceridad de tus amorosos juramentos, como creo en la invariabilidad de mi cariño, de mis ardientes sentimientos, de mi amor: yo creo que me amas y me amarás como yo te amo, y te amaré mientras el Hacedor del mundo mantenga la actividad de todos los seres que forman y mueven la esplendente máquina del universo: yo creo que ningun mortal sobre la tierra ha tenido la inefable dicha de escuchar de tus divinos labios palabras de esperanza y de consuelo, de preferencia y de amor, sino yo, á quien has

querido hacer sentir en este miserable planeta todas las delicias de la gloria: yo creo en todo esto, porque conozco á fondo tu angélico corazón; sí, yo creo en todo esto; pero ¿no habrá habido otro hombre que, subyugado por los encantos y atractivos que reunió en tí la naturaleza, haya aspirado á la posesion del bello sér engalanado con ellos? ¿Nadie, sino yo, habrá tenido la dicha de hacer llegar á tu casto oído las dulces palabras dictadas por el amor?

—Tú fuiste el primero de cuya boca escuché los acentos de esa pasión en que hoy cifro mi felicidad.

—¿Será posible?

Dijo Rafael arrebatado de gozo.

—Sí; te lo aseguro.

—¿Y despues?....

—¿Despues?

Exclamó Luz sorprendida con aquella inesperada pregunta.

—Sí; no me ocultes la verdad. ¿No ha habido despues quien te haya expresado idénticos afectos á los míos?

—Pero ¿por qué me haces esa pregunta?

Contestó la jóven buscando el medio de eludir una respuesta categórica, con la cual pudiese comprometer la vida de su padre, como le habia amenazado Willey.

—Ya te he dicho que empiezo á sospechar que el empeño de prolongar el destierro de tu padre, reconoce por origen retardar nuestra union por alguno que te ama y envidia mi felicidad.

—Y aun cuando así fuese; ¿podrán los obstáculos que pongan todos los hombres del mundo cambiar la pasión íntima de mi corazón? ¿No serán mi alma y mi voluntad siempre tuyas?

—Sí; dudar ni un solo instante, seria ofender la sinceridad de un ángel; pero no se trata de tu amor para conmigo, sino de la pasión de otro hombre hácia tí.

—¿Quién quieres que me hable de pasión y de cariño, cuando nadie entra en casa sino tú y el doctor Willey?

—De ese nada tengo que decir, pues es el que me ha acompañado á todas partes, secundando mis deseos de salvar á tu padre:

es un buen amigo que se interesa por mi felicidad.

La jóven se tranquilizó al verse de aquella manera libre del compromiso de acusar al hombre cuyas amenazantes palabras le tenían en continuo sobresalto.

Nadie mas que ella hubiera deseado arancarle la máscara de amistad con que se encubria, y presentarle á los ojos de su confiado amante con toda la deformidad de su alma negra; pero la contenia el temor de provocar su enojo, y de que realizase sus terribles amenazas.

—Es decir—añadió Rafael—que nadie de los que cruzan la calle á todas horas, ninguno de los que veo que esperan tu salida, se ha declarado tu amante?

—Ninguno.

—Entonces es preciso convenir en que es un enemigo implacable y tenaz que debe conservar un inveterado encono á tu querido padre. Pero mas vale que reconozca esta causa, que no la que empezaba á sospechar: sí; porque con mas tranquilidad y em-

peño que nunca continuaré trabajando hasta conseguir salvarle.

—¿Y crees que lo conseguirás pronto?

—Tal vez en la semana próxima.

El doctor escuchó atentamente.

—¡Oh. . . ! ¿de veras?

—Al decirme el oficial mayor del ministerio los nuevos cargos que se le hacian, y por lo cual no habia sido alzado su destierro, me prometió que el retardo seria de muy pocos dias.

—¡Dios lo quiera!

—Me lo ha prometido solemnemente, y yo no dudo que lo conseguirá, cuando mantiene estrecha amistad con el ministro.

—Bien, bien; yo tambien participo de tu confianza: yo tambien creo que pronto van á concluir todos nuestros padecimientos para vivir juntos y felices toda la vida.

—Sí, dentro de pocos dias tendremos el gusto de saber que está en libertad tu inocente y perseguido padre, y en cuanto llegue á México, se relizará nuestro deseado enlace.

—Pero en tanto que llega ese venturoso



dia, tú vendrás á todas horas á verme, ¿no es verdad? tú vendrás á desvanecer los temores que á cada instante me asaltan, no te separarás nunca de mi lado.

—Sí, Luz mia: yo estaré contigo todo el tiempo que me lo permitan mis ocupaciones, para hablarte de nuestro risueño porvenir, del resultado de mis pasos, de mis proyectos, de mi amor.

—Ese es mi mas ardiente anhelo; porque cuando no te veo, cuando no escucho tu voz, mi corazon pierde la esperanza que tú solo sabes inspirarle; me parece que me cercan mil peligros, y que nuestros sueños de ventura se convertirán en amarga realidad.

—Desecha esas lúgubres ideas; ¿qué motivo existe para que des acogida á esos temores?

—No lo sé; pero por mas que llamo á la razon en mi auxilio para vencer la continua alarma de mi alma, jamas lo consigo sino cuando alcanzo la dicha de mirarte á mi lado.

—Pues bien; pronto acabarán tus recelos;

y para empezar á poner término á ellos, voy ahora mismo á saber el resultado de la entrevista de mi amigo el oficial mayor del ministerio con el señor ministro.

Y Rafael se puso en pié y tomó el sombrero para marchar.

—¿Te vas tan pronto?

—Es indispensable, porque dí mi palabra de ir á saber lo que se ha dispuesto; ademas, deseo pasar por la casa de Willey para saber lo que él ha conseguido, y comunicarle lo que yo espero alcanzar.

—¿A ver á Willey?

Dijo Luz sobresaltada.

—Sí.

—¡Ah! no vayas.... nada le digas....

—¿Por qué? ¿No ves el interes que toma por salvar á tu padre?

—Sí.... es cierto;—dijo titubeando la aflijida jóven—pero.... no le veas.... yo te lo ruego.

—Pero al menos dame el motivo.

—Porque....—continuó Luz con la misma turbacion—por la misma razon de que se interesa por nuestra felicidad, pudiera

contárselo á otro amigo, éste á varias personas, y así, sin intentarlo, llegar á oídos de ese pertinaz enemigo que pondría en juego todos los medios para perjudicarnos.

—Pero ocultar al doctor lo que le inundaría de placer....

—Así será despues mayor y mas grata su sorpresa.

—¿Tú lo exiges?

—No; yo te lo suplico.

—Pues será como pides; nada te puedo negar; adios: Willey ignorará, por ahora, esto.

Y Rafael salió de la estancia sin ver al doctor que se escondió detras de la puerta, y que al verle pasar, entró á la sala en que quedaba sola Luz, exclamando:

—Willey lo sabe todo.

La jóven quedó aterrada con aquella aparicion.

—¿Ha escuchado vd?

—Sin perder una palabra.

—Entonces habrá vd. visto que no he dicho nada que le haga sospechar de vd.

—Sí, estoy satisfecho de esa reserva; pe-

ro yo necesito algo mas de la benevolencia de su sensible corazon, Lucecita; yo necesito escuchar de sus labios una palabra que anhelo, como anhela el justo la salvacion de su alma.

—¿Qué quiere vd. decir?

—Necesito escuchar de su divina boca una palabra que me inunde de felicidad; una palabra que vuelva á mi corazon la calma que su hermosura de vd. le ha robado; una palabra de amor que transforme mi naturaleza, haciéndome de un hombre violento, celoso y vengativo, el mas dócil, el mas tierno y el mas humano de los mortales.

—Señor Willey—dijo Luz con dignidad—vd. me encontrará dócil cuando solo se trate de no comprometer la vida de mi padre; pero nunca me encontrará vd. dispuesta á ser perjura al hombre á quien he entregado mi corazon: las mujeres como yo, harán un sacrificio para disimular el dolor que les ahoga y para no comprometer al hombre que las persigue, pero jamas mentirán un amor que están muy lejos de sentir.

—¡Oh!.... no me robe vd. hasta la espe-

ranza de creer que seré amado; aborrezcame vd.; pero finja vd. siquiera que se compece de mí: conozco que es imposible alcanzar la dicha de ser amado por vd.; pero déjeme vd. soñar una ventura tan necesaria como le es al pez el agua en que se mueve y al ave el viento en que se agita.

—Señor Willey; las mujeres amamos una vez, y amamos para siempre: no tengo mas que un corazon, y ese es del hombre que, antes que vd. llegase á conocerme, rindió á mis piés su albedrío: para halagar á vd. con un engaño que no le podria satisfacer, seria preciso desgarrar el pecho de Rafael y faltar á mi conciencia, cosas ambas opuestas á mi educacion y á mis principios, y que nunca podré atropellar.

Willey hizo un gesto de indignacion.

—Señorita—dijo el doctor reprimiendo cuanto le fué posible la ira próxima á estallar—yo no trato ni de que vd. falte á su conciencia, ni de robar á mi venturoso rival la dicha de enlazarse á vd. para siempre; yo no me opongo á que él sea dueño de esa mano que yo codicio; no; consiento en que

él sea el mortal favorecido á quien vd. se enlace; confieso que hasta hoy he sido el obstáculo que se ha presentado á la realizacion de sus amorosos proyectos; pero hago solemne juramento de hacer desaparecer yo mismo ese valladar insuperable, sin que para ello me atreva á exigir mas que una condicion.

—¿Una condicion?

—Una condicion sencilla y salvadora que concilia todos los intereses.

—¿En armonía con los rectos principios de la moral?

—Completamente en armonía con ellos.

—¿Que salvará á mi padre y me unirá al hombre que amo?

—Sin duda alguna.

—¿Y cuál es esa condicion?

—Que se una vd. primero á mí.

—¿Cómo, . . . !

Exclamó sorprendida la hermosa jóven y retirando una mano que habia tratado de estrechar entre las suyas el doctor.

—Sí; concédame vd. la dicha de que yo sea el primero que la conduzca á los altares

para tener la felicidad de llamarla mia una sola hora, un solo segundo, un solo instante: despues de ese momento, que codicio como el único bien de la tierra, como el avaro las riquezas que le deslumbran, vd. volverá á ser libre.... el obstáculo á su felicidad habrá desaparecido para siempre... me quitaré la vida.

Luz retiró su silla horrorizada.

—Sí—continuó el doctor exaltado por su vehemente pasion y dejando ver en su encendido rostro el fuego de un amor infero, ardiente:—por un instante de felicidad, por un momento de amor, estoy pronto á sacrificar mi existencia.

—¡Oh....! ¡me da vd. miedo....!—exclamó la jóven levantándose de su asiento:—yo no puedo aceptar ese amor que le abrirá á vd. las puertas del infierno.

—¡Oh....! no se vaya vd:—dijo el doctor levantándose tambien y viendo que Luz se disponia á entrar en uno de los cuartos contiguos á la sala:—no se vaya vd.

—Me es imposible escuchar á vd.

—Pues yo le conjuro á vd. á que me oiga si no anhela la muerte de su padre.

—¡De mi padre....!

Dijo la jóven deteniéndose.

—Ya sabia yo que me escucharia vd.

—¿Seria vd. capaz de atentar contra su vida?

—Yo no; pero sí la ley.

—¡Cómo....!

—Su padre de vd. conspira en el sitio en que está desterrado, contra el gobierno, y puedo delatarle.

—¡El!

—Ya ve vd. que tengo en mi mano su vida, y que una palabra mia bastaria para echar por tierra los pasos dados por Rafael, y aun para perderle.

—¿Y vd. es capaz de pronunciar esa palabra?

—Yo soy capaz de todo por alcanzar la dicha de poseer á vd. un solo instante.

—¡Ah!.... si es cierto que vd. me ama, si es cierto que vd. anhela mi felicidad, no me condene vd. á perpetuo llanto.

—En su mano de vd. está cambiar en un

instante su suerte: condescienda vd. en ser mia antes que de ningun otro hombre: vierta vd. por un momento en mi alma las delicias de esa felicidad que anhelo, y mi muerte le dejará á vd. en libertad despues para obrar á su albedrío.

—¡Oh!.... acceder á esa proposicion seria un crimen.

—Y sin embargo, no le queda á vd. otro medio: ó su amor de vd., el amor legítimo de esposa de un dia, de una hora, de un momento, ó la desgracia del hombre que le dió á vd. la vida: elija vd.

La jóven quedó aterrada con aquella terrible proposicion; juntó las manos con expresion dolorosa, alzó al cielo sus azules ojos cubiertos de lágrimas, y permaneció en religioso silencio.

—Pronuncie vd. su sentencia.

Exclamó el doctor viendo que permanecia callada.

—Mi amor no me pertenece ya.

Dijo Luz con afligido y doloroso acento.

—¿Ni por un instante?

—Ni por un instante; es de un hombre....

—Que nunca gozará sus delicias—dijo el doctor con voz aterradora arrebatándole la palabra—lo juro.

Y Willey se dispuso á salir.

Luz iba á detenerle, al mismo tiempo que Rafael se presentó en la puerta de la sala.

El doctor, creyendo que habia sido escuchado, metió con disimulo la mano al bolsillo del paltó, y acarició una daga de que siempre iba armado.

¿Qué sucedió despues?

En la continuacion de los sucesos que nos esperan encontrará el lector la respuesta á esta pregunta.